

EL MERCURIO

Santiago de Chile, Domingo 5 de Noviembre de 1961

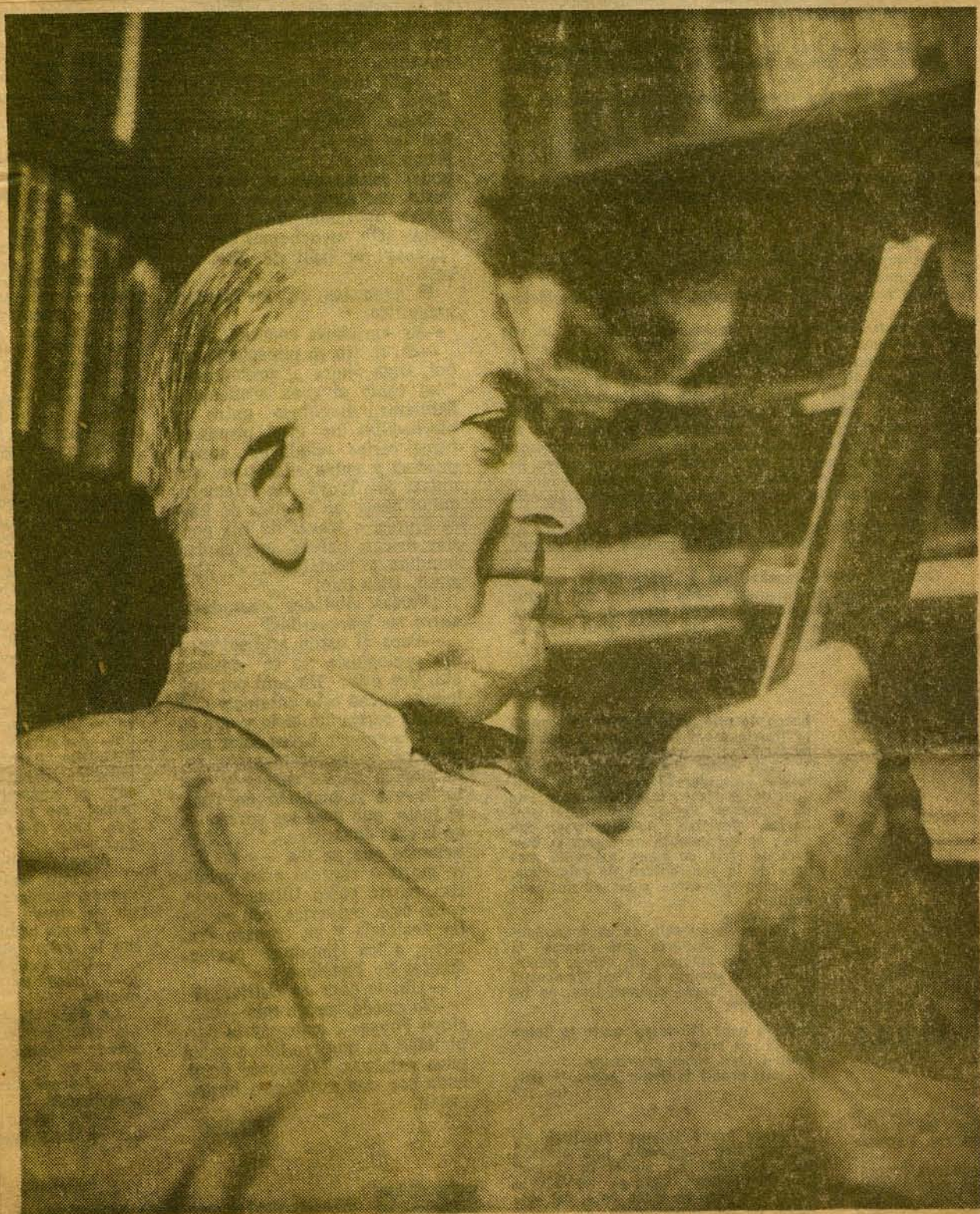
RETRATOS.—

Domingo **SANTA CRUZ**

Texto de GERMAN EWART

815419

12296





QUIERASE o no, Domingo Santa Cruz es el padre de las instituciones musicales chilenas. Durante diez años presidió la Sociedad Bach. Fue dirigente de la Asociación Nacional de Conciertos Sinfónicos y, durante 22 años, fue decano, primero de la Facultad de Bellas Artes y luego de la de Música.

Como vicerrector de la Universidad de Chile presidió la delegación de nuestro país al Primer Congreso de Universidades Latinoamericanas (Guatemala, 1949). Participó en la redacción de la ley que creó el Instituto de Extensión Musical y durante 13 años lo dirigió. En 1951 obtuvo el Premio Nacional de Arte y en 1953 jubiló.

Santa Cruz es hombre con tanta vocación de dirigente que él mismo creaba las instituciones en que posteriormente desplegaría sus cualidades de organizador y líder.

Su jubilación no fue un fin, sino un nuevo comienzo. Continuó en órbita, pero ahora en un amplio campo internacional. De 1956 a 1958 fue presidente del Consejo Internacional de Música de la Unesco. De 1958 al 60, vicepresidente del mismo organismo. Mientras ocupó ese cargo fundó la "Semaine Musicale" de París y fue condecorado con la Legión de Honor. También fue presidente de la Asociación Internacional de Educación Musical.

Ahora tiene 62 años. Vive tranquilamente dedicado a componer y hacer clases de Historia de la Música en el Conservatorio. Está apartado de las labores directivas, pero nada garantiza que ese retiro sea definitivo.

En más de cuarenta años de vida musical tan intensamente vividos, inevitablemente se cosechan enemigos. A Santa Cruz nunca le faltaron. Es el personaje más polémico y controvertido del ambiente musical y en más de una oportunidad le tocó ser el blanco de violentas campañas de prensa.

Sus enemigos le han acusado de ser intrigante, maquiavélico, nepotista, inescrupuloso, dictatorial y un enemigo de la música. Hay toda una leyenda negra que rodea al personaje.

La historia, con el correr de los años, delimitará lo que hay de verdad y de ficción en esa imagen. Sin embargo, una cosa ya es evidente a estas alturas: ninguno de los detractores de Santa Cruz cumplió una labor tan amplia como él y a ninguno le debe tanto la música nacional en realizaciones concretas.

También tiene sus defensores. Dijo un compositor:

—Intrigante no es. Autoritario y violento, sí. Es un perfeccionista espantoso que no perdona nada. Un Júpiter tonante en el exterior, pero tierno por dentro.

Añadió otro músico:

—Tendrá sus fallas como todos los seres humanos, pero es el dirigente más preparado y eficiente con que ha contado la música chilena.

Dijo él mismo:

—Si he tenido una política, ha sido preocuparme de la música, y si hay algo que he hecho en mi vida entera, ha sido atacar de frente. Tengo mal genio y digo lo que pienso, pero después se me pasa. Si no hubiera sido un poco agresivo, ¿cree que habría salido adelante? En Chile la cantidad de gente que quiere destruir es mucho mayor que la que desea construir.

Y su empleada Margarita opina:

—Ojalá que todos los patrones tuvieran tan buen genio.

Despréndese, entonces, que no hay unanimidad para aguijatar a don Domingo.

A Cappella

Domingo Santa Cruz nació en el año 1899. Su madre, ñoña Laura Wilson, le educó con la estricta disciplina propia de una dama victoriana. A los once años ingresó al internado de los Padres Franceses, donde cursó sus estudios secundarios.

Fue buen alumno y asiduo colaborador de la revista del colegio. Historia y filosofía fueron sus ramos predilectos. Tuvo alergia a las matemáticas y a la física, pero le gustaban ("no sé por qué") el álgebra y la química.

En 1916, aprobado su bachillerato, ingresó a la Escuela de Medicina. No le agradó porque le "daban asco los cadáveres", y semanas más tarde se trasladó a la Escuela de Derecho. Se tituló en 1921, pero nunca ejer-

ció la profesión de abogado. Doce días después de recibirse fue nombrado segundo secretario de la Legación de Chile en España. En diciembre de ese año partió a Europa.

A esa altura también se había cumplido la fase inicial de su formación musical. Le ayudó el ambiente de su casa y, especialmente, su hermana Anita, que tocaba muy bien el piano. Recuerda:

—Cuando niño, la música era la afición de unos pocos. Había tres o cuatro conciertos al año, cuando venía algún solista. Para la mayoría, la música era la ópera. Existía una orquesta latente para la temporada lírica. El resto del tiempo, los músicos tocaban en los biógrafos. Pero en las casas particulares se hacía mucha música de cámara.

Santa Cruz estudió violín en el colegio y hasta dirigió una pequeña orquesta compuesta por alumnos. Paralelamente a sus estudios de leyes fue alumno privado de armonía y contrapunto de Enrique Soro y su aprendizaje musical también abarcó el piano.

En 1917 fundó en su casa un coro masculino "a cappella" que se denominó "Sociedad Bach". Uno de los primeros conciertos públicos de ese coro se efectuó en una velada de beneficio realizada en el teatro de los Padres Franceses. Santa Cruz relató ese episodio en la Revista Musical Chilena (N.º 40):

—Resolvimos concurrir y cantar lo que sabíamos: Palestrina. Nada pudo ser menos a propósito, ya que nuestra actuación venía, como es uso en estos detestables actos, a continuación de alguien que decía chistes o sabía alguna gracia. Aparecimos unos doce o catorce solos en el proscenio: todo fue dar yo la afinación con un diapason y comenzar el ruido que, lógicamente, creció a medida que el auditorio se aburría con nuestras lamentaciones. Terminadas éstas, sin quitar ni una nota, hubo aplausos y, lo que para nosotros fue molesto, algunas palabras desagradables. Entonces, a pedido de Guil-

Hermo Echenique (uno de los coristas), resolvimos cantar nuestra larga salmodia tres veces, en castigo al auditorio. La gente, por fortuna, comprendió la lección y, ante el peligro de que cantáramos toda la noche, optó por oír en silencio y dejarnos terminar.

En 1920, los "hermanos Bach" se entusiasmaron con "Parsifal", de Wagner, que el maestro Falconi preparaba en el Teatro Municipal. Se sintieron unos "Caballeros del Santo Grial, hechos y derechos" y hasta Santa Cruz consiguió que le dieran de baja en el servicio militar para asistir a los ensayos.

En Europa, su labor como diplomático no le impidió continuar sus estudios de composición y también realizó un peregrinaje a los lugares asociados con Bach y Wagner. En 1922 se casó, en París, con Wanda Morla Lynch, que falleció en 1926. Tuvieron un hijo, "Dominguito", hoy en día arquitecto y jazzista. Comenta el papá que no es adicto al género:

—El jazz es una enfermedad que muy fácilmente les da a los hijos de los compositores.

Posteriormente, Santa Cruz contrajo matrimonio con Filomena Salas, actualmente con su salud resentida.

Sociedad Bach

En 1923 se reorganizó la Sociedad Bach, que Santa Cruz presidiría durante diez años. Las temporadas líricas comenzaron a declinar a fines de la primera guerra mundial y paralelamente empezó a surgir la música coral y orquestal. "El ambiente musical —dice Santa Cruz— estaba dividido entre profesionales y aficionados. Hubo pocas relaciones entre ambos. Fueron los aficionados quienes crearon el ambiente renovador".

Era la época heroica de la música chilena, comparable a los primeros años del Teatro Experimental, que surgiría años más tarde.

Para Santa Cruz, Armando Carvajal y muchos otros significó un período de realizaciones y luchas constantes. Abundaron los conciertos, los conflictos y las polémicas, el oficialismo musical de la época, representado por el Conservatorio, no aceptaba a los jóvenes renovadores. También les atacaban algunos directores de orquesta frustrados y contaron con la sincera desconfianza de los músicos profesionales.



En 1927 la Sociedad Bach fue invitada a tomar parte en las nupcias del Presidente Ibáñez. Relata Santa Cruz en la "Revista Musical": —Después de un ensayo general al que asistieron los contrayentes y de las felicitaciones del caso, bruscamente el Gobierno prohibió la concurrencia del Coro y desconoció las tarjetas rompefilas. ¿Qué había ocurrido? Unos atribuyeron el hecho a temores de atentados, otros dijeron haber oído a un coronel de Carabineros ponderar la "indisciplina" del Coro, porque las voces entraban unas después de otras en el "Ave María" de Palestrina... Es muy posible que, dentro de la justa concepción militar, la polifonía fuera ciertamente algo digno de censura.

En otra oportunidad, el Ministro de Educación don

Mariano Navarrete asistió a un concierto con obras de Alessandro Scarlatti (1660-1725). Comentó:

—Yo no creía que hubiera música tan antigua.

Facultad e Instituto

La lucha fue larga y tenaz. En 1930 se creó la Facultad de Bellas Artes y muchos de los jóvenes renovadores ocuparon sus cátedras. Entre ellos, Santa Cruz. En 1932 inicia su largo decanato, que se prolongó hasta 1953. La Sociedad Bach había perdido su razón de ser y se disolvió, pero la lucha musical continúa con una nueva etapa: la Asociación Nacional de Conciertos Sinfónicos.

En 1940 la Ley 6696 crea el Instituto de Extensión Musical. Santa Cruz, como decano, asume su dirección y preside la organización de la Orquesta Sinfónica de Chile y del Ballet.

Estas iniciativas no surgieron fácilmente. Fueron materia de largas tramitaciones y violentos altibajos antes de concretarse. Santa Cruz, en más de una oportunidad debió apelar a su experiencia de diplomático y formación de abogado. Dice que los músicos ingresaron "manu militari" a la Universidad, gracias a la ley que creó la Facultad y las cátedras.

En una oportunidad también hubo de recurrir a su habilidad como jinete. En 1933 promovía la creación del Instituto Secundario de Bellas Artes. Debía facilitar un estudio paralelo de las Humanidades a los alumnos del Conservatorio y de las otras escuelas artísticas. El Gobierno se oponía, porque equivalía a la creación de un nuevo liceo, al margen de la Dirección General de Educación Secundaria.

En esos días se inauguró la Hacienda La Rinconada, recién adquirida por la Universidad de Chile. A Santa Cruz le tocó cabalgar al lado de Domingo Durán, el Ministro de Educación.

—¿Cuándo me aprueba el Decreto?, preguntó el decano de Música.

—Se lo firmo si me gana una carrera a caballo, respondió el Ministro.

Así se hizo. El Dr. Larraguibel, decano de Medicina, dio la partida. Enrique Bahamonde (el ex Contralor) hizo de juez de llegada. Recuerda Santa Cruz:

—Gané lejos. El Ministro tenía un caballo muy bonito, pero que corría poco. Cumplió su compromiso y a los pocos días firmó el Decreto.

El Compositor

Domingo Santa Cruz vive en Vitacura. Un gran escritorio rectangular alberga su piano, tocadiscos, grabadora y biblioteca. No sólo abundan los textos de consulta. También guarda un valioso y completísimo archivo de cuarenta años de música chilena.

En medio de este material especializado, se hallan los veinte tomos de la Historia de Chile de Francisco Encina. La leyó entera, tal como antes hiciera con las obras de Barros Arana. No lee novelas policíacas.

Habla inglés, francés y alemán. También domina el latín, gracias a sus estudios con Emilio Vaisse (Omer Emeth), mientras cursaba leyes. Le agrada destilar algún latinaje en su charla.

Se define como "compositor a quien le gusta la música". Añade: —Eso es muy importante. Hay tantos a quienes no les gusta sino la música propia. No quiero decir con lo anterior que me gusten los conciertos, llenos de gente fustiendo y moviéndose. Me molesta esa cantidad de gente que va a perder el tiempo y hace perder el tiempo, obligando a tocar mediocridades. Pero me gusta asistir a ensayos.

Componer "le gusta, le entretiene y le interesa";

—Trato de componer todas las mañanas. Creo que es la única manera de hacerlo. A veces lo hago en el piano, otras en mi escritorio. El piano es útil, pero creo que la imaginación marcha mejor sin él. Cuando se es pianista pobre, como la mayoría de los compositores, existe el peligro de que los dedos conduzcan a lugares comunes. No puedo escribir música bajo los árboles. Ese es un romanticismo imaginario. Uno tiene que hacerlo en su escritorio, piano o pieza. Cada compositor hace su propia "mise en scene".

En cambio, a Santa Cruz le agrada escuchar música bajo los árboles y frente al mar. Tiene casa en Isla Negra y siempre que va a pasar un fin de semana en la costa lleva "un pequeño menú de discos".

Daniel Quiroga, funcionario del Instituto de Extensión Musical, le define como "un romántico que se esconde tras alambradas de púas atonales". —¿Qué bueno está eso!, exclamó el compositor al conocer la frase. Añadió: —Una cosa es como juzgo yo mi música, otra como la verán los demás. Fui volviéndome compositor poco a poco. Comencé porque me gustaba. Estuve muy cerca del impresionismo (Debussy, Ravel) y de lo que alcancé a conocer en aquellos tiempos del expresionismo de Schoenberg. Andando los años, se produjo la influencia de Hindemith. Junto a los impresionistas pesó mucho en mi evolución la obra de Bach y la escritura de índole polifónica. Me formé mucho como director de coros. Tampoco puedo desconocer la influencia de Wagner.

—Como estilo, diría que en mi música hay dos clases de obras. Unas de carácter más tonal y armónico; otras de tendencia atonal. Estas dos maneras las practiqué a lo largo de toda mi vida. En lo formal, mis obras son muy estructuradas. Para mí la música tiene que tener un esqueleto, una lógica.

—Soy un individuo que no es de masas. Creo que la élite es tan importante como las multitudes. ¿Qué harían esas sin élite? Yo no soy músico de masas.

Para Santa Cruz, los Cuartetos de Beethoven y el "Clavecín Bien Temperado", de Bach, son "la Biblia de la música". Mozart y Haydn le atraen poco. No hay una sola grabación de Haydn en su discoteca.

En un plano más esotérico le entusiasma la obra de Gesualdo, Príncipe de Venosa (1560-1615), autor de madrigales armónicamente revolucionarios, que han sido descritos como "proféticos".

Santa Cruz escucha poco su propia música:

—Uno no puede vivir en torno a lo suyo. Le va mucho los defectos. Si escucho demasiado alguna de mis obras, la llevo a aborrecer. Siempre me interesa más lo que estoy haciendo que lo que hice. El día que deje de pensar en lo que voy a hacer, mejor es que muera.

Su madre y el internado le crearon el hábito de levantarse temprano. Lo conserva hasta el día de hoy. Otra herencia materna es la afición al té. Nunca toma una taza, siempre dos. Su imponente calvicie, verdadera cúpula del personaje, data de 1921. No sólo escribe música, sino también es autor de numerosos artículos y casi toda su música coral tiene poemas propios por texto.

Es hombre conversador, muy inteligente y afable, pero al mismo tiempo reservado. Su vida interior no se traduce en la charla. Pero en su música, aunque se trate de las obras más atonales, es posible captar matices tiernos y románticos y a veces una angustiosa soledad.

Culturalmente está arraigado en Europa. A pesar de numerosos viajes a Estados Unidos, no le atrae la civilización norteamericana. En gran parte porque lo "comercial" es anatema para Santa Cruz. Dice:

—No tenemos contacto histórico ni ancestral con Estados Unidos. Nuestras raíces están en los países latinos, en España, Francia e Italia. Alemania, en un plano musical, es universal. En Norteamérica no nos entenderán hasta que comprendan que nuestras tradiciones e instituciones están basadas en el Derecho Romano, y las de ellos en la herencia anglosajona.

Una de sus mayores críticas a la labor del Instituto de Extensión Musical en los últimos años es que ha descuidado el estímulo a los compositores, colocándolos "en el último lugar de la escala".

Defiende la creación del Instituto, aunque no concuerde con la práctica actual:

—Considero que en nuestros días la única solución es la ayuda estatal. La libre empresa se traduce en libre comercio y se convierte por lo tanto en baja de calidad y pérdida de independencia estética. En una sociedad como la nuestra, menos miedo le tengo a un político que a un comerciante.

Estima que en la actualidad el Instituto no hace todo lo que debiera hacer o que lo hace a medias. Que el aspecto burocrático prima sobre el musical. Debiera haber conciertos todo el año y disminuirse las frecuentes "vacaciones". La orquesta debiera tocar con el ballet y —sobre todo— tener un director estable.

Luego sintetiza sus críticas en una frase:

—Lo que les falta es saber a dónde van.

Santa Cruz se apasiona un tanto al enfocar este tema. Antes solía ser el blanco de los ataques al Instituto. Ahora es suyo el turno de criticar. Y en este momento nadie puede predecir qué papel le tocará desempeñar en el futuro.

